

Aurora Egido El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes

Adrián J. Sáez

Università Ca' Foscari Venezia, Italia

Reseña de Egido, A. (2019). *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 150 pp.

Si quedaba alguna duda de que Cervantes fuera realmente un «ingenio lego» como jugaba a presentarse irónicamente en el *Viaje del Parnaso* (V, v. 174), basta este librito de Aurora Egido para comprobar que la obra cervantina cifra un rico universo cultural. Y quien dice este volumen puede recordar todos los asedios anteriores (*Cervantes y las puertas del sueño: estudios sobre «La Galatea», el «Quijote» y el «Persiles»*, 1994 y 2005; *En el camino de Roma: Cervantes y Gracián ante la novela bizantina*, 2005; *El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia*, 2011; y, anteaer, *Por el gusto de leer a Cervantes*, 2018), que han desvelado – y revelado – mil y una caras del mundo de Cervantes en relación con la cultura de su tiempo.

El presente libro comprende cinco estudios dedicados a otros tantos aspectos del tratamiento de la lengua en la obra cervantina, desde el manejo de las teorías lingüísticas de la época hasta el problema del plurilingüismo y la cuadratura del círculo con la consideración del español como la lengua de Cervantes.

Luego del abreboaca del prólogo, se arranca con una introducción teórica («Erasmus y la torre de Babel: la búsqueda de la lengua perfecta») que asienta las bases del libro: así, se pasa revista a las ideas y los debates sobre la lengua del Renacimiento, desde los postulados humanistas hasta la *questione della lingua* y el concepto de la lengua perfecta con todo el laberinto de



Edizioni
Ca' Foscari

Submitted 2020-01-09
Published 2020-06-19

Open access

© 2020 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License



Citation Sáez, A.J. (2020). Review of *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes*, by Egido, A. *Rassegna iberistica*, 43(113), 169-172.

problemas de por medio, así como las consecuencias en el mundo de la literatura (estilo, polémica gongorina, etc.) y la clave fundamental de la traducción. En este correcales es capital el símbolo de la torre de Babel, frente a la que Cervantes guarda un significativo silencio como muestra de su alejamiento de los tópicos, con el envés de un Avellaneda que vive de ellos (42).

Siguen una pareja de asedios hermanos a las dos partes del *Quijote* («Cervantes frente a Babel (*Don Quijote I*)» y «El diálogo de las lenguas en la segunda parte del *Quijote*»), que muestran cómo Cervantes despliega un tapiz de lenguas (latín, castellano, francés e italiano, más su poco de árabe y *lingua franca*, y su tanto de dialectos y jergas) que, por de pronto, afirma la variedad, dignidad y perfección de las lenguas, al tiempo que defiende el uso y la puerta abierta de la traducción, mediación importante que, eso sí, siempre va detrás de la lectura original. Desde esta perspectiva, don Quijote desde el inicio tiene tanto de loco como de sabio filólogo, que puede discutir sobre todo con todos y viajar solo con el «mapamundi» de su mente (52), al igual que la compleja transmisión de la historia de don Quijote escrita por Cide Hamete presenta una «clara inseguridad textual» entre oralidad y escritura (53), mientras que el *Quijote* se revela como «un homenaje a la traducción y a los traductores» (64), a la par que un «crisol de esa interrelación entre filología, literatura, historiografía e historia de la lengua» de la España del siglo XVI (72). Especialmente brillante en este sentido es la «Historia del capitán cautivo» (I, 39-41), en la que se cruzan gentes y lenguas en un discurso de aprendizaje y construcción de la comunicación que une a fuego identidad, raza y religión. Mirado de cerca, este cotejo con lupa de los dos *Quijotes* no solo se eleva a consideraciones teóricas, sino que regala toda una galería de explicaciones de detalle, casi como quien no quiere la cosa: por recordar algunos casos un poco al azar, el susurro entre dientes del ventero en el burlesco bautizo caballeresco de don Quijote (I, 2) «es una clara muestra de su desconocimiento del latín eclesiástico» (48, n. 3), la *novella* de «El curioso impertinente» (I, 33-35) es «una ficticia traducción total implícita» (51, n. 12), las «letras góticas» de los manuscritos finales (I, 52) ilustran «el sabor añejo y culto de las grafías» (48, n. 3), y un largo etcétera.

Por muchas razones, en este mapa brillan Italia y el italiano («Don Quijote habla toscano»), que Cervantes siente como otra casa, pero su memoria italiana está sobre todo en la lengua y la literatura de Italia, más allá de estancias y viajes. Con esta premisa, Egido traza un recorrido a vuelapluma por algunos de los ecos italianos de *La Galatea* al *Persiles*, rinde justo homenaje al hispanismo italiano y a la recepción italiana. Breve y todo, el texto es una invitación a la morada italiana de Cervantes.

Con todo, el *Persiles* se lleva la palma y justamente merece estudio aparte («Las voces del *Persiles*»): novela póstuma y proyecto soñado,

el relato desenvuelve toda una red de ideas para reflexionar sobre la comunicación y la traducción con una cuidada atención a la verosimilitud narrativa de estas relaciones, que se representa las más de las veces en apuntes sobre la lengua empleada, el soporte manejado y otros detalles. La panoplia de asuntos que toca este mosaico va del conflicto entre civilización y barbarie *avant la lettre* y el uso de otras formas de comunicación (gestos, silencio, voces y gritos, etc.), que permite darle una vuelta más a la estructura del relato, que avanza de la «Babel de idiomas» (114) inicial en el norte de Europa al mundo unido por un código común en España e Italia, con el quicio del «reino de los políglotas» (118) del rey Policarpo.

Pero hay más: en otro orden de cosas, este acercamiento *more* lingüístico en el mejor de los sentidos establece una verdadera conexión de Cervantes con América y los cronistas de Indias en la búsqueda de la *lingua perfetta*, la convivencia de lenguas y el valor de la traducción (70), así como la clave de la experiencia común con la «alteridad americana» (124-7): en este marco, Cervantes se distingue como embajador de «la contención, el punto de equilibrio que sitúa a los hombres y a su bagaje cultural en cada momento y lugar dados» (126). No hace falta distorsionar ni inventar cervantadas americanas: son las que son y solo hay que descubrirlas.

La conclusión es tan simple como sorprendente: una vez más, Cervantes es un «genio anticipado, que se adelantó a las teorías modernas sobre el plurilingüismo, dando vida a la diversidad lingüística dentro de sus obras y entendiendo cuanto ello representaba como paradigma de la dignidad humana» (15). Y, de no ser porque don Quijote ya tenía a su Dulcinea y Cervantes debía de ser más que medianamente feliz con Catalina, Aurora Egido podría ser la dama cervantina por antonomasia; pero la ficción no cuenta: sin duda, lo es en el mundo de la crítica.

